



LA
CASA

LA ÚNICA MANERA DE
SALIR ESTÁ DENTRO

FRANK
PERETTI
TED
DEKKER

Frank Peretti y Ted Dekker, dos de los escritores más reconocidos en novelas de ficción, han unido sus fuerzas por primera vez para crear una historia como ninguna otra que hayas leído. Entra en *La casa*, donde te encontrarás en medio del juego mortal de un asesino en el cuál la única manera de ganar es perdiendo y la única manera de salir es entrando.

Un juego, siete jugadores, y tres reglas.

LA CASA

Frank Peretti y Ted Dekker

La luz entró en las tinieblas y la oscuridad no la entendió.

* * *

Mi corazón guarda todos los secretos, mi corazón no dice mentiras.

Prólogo

Permaneció inmóvil en la entrada, mirando fijamente su propia sombra, que se proyectaba ante él como una mancha en el piso. Estudió el aspecto del polvo, comprobó el hedor a moho y a orina de ratón, y prestó atención a una viga que se asentaba como tres centímetros hacia el centro del suelo.

Este salón mostraba muy poca evidencia de los acontecimientos que se habían desarrollado hacia el amanecer. Vista desde esta perspectiva, solo se trataba de una casa abandonada. Interesante.

Pero el resto de la casa mostraba toda la verdad. Las tablas del piso yacían bajo sus botas, unas junto a otras como muertos enterrados, ahuecadas por la creciente humedad y con los bordes torcidos, ennegrecidas por polvo grisáceo y por trozos de pintura blanca descascarada.

Al otro lado del vestíbulo, al pie de una pared, se agitaba el papel tapiz que tenía rosas impresas. Algo arañaba, roía y se abría paso detrás de una de las rosas, hasta que apareció una nariz negra y bigotuda. Con un pedazo de papel tapiz en las quijadas, la rata se retorció en el agujero, luego se posó sobre las ancas y se topó con la mirada del hombre. A ninguno de los dos le preocupaba la presencia del otro. La rata se fue corriendo junto al zócalo y desapareció en una esquina.

Al extremo opuesto del salón crujía y se agitaba una cortina medio destrozada frente a una ventana rota. Una triste intentona de fuga. Aparte de la ventana rota no había

indicio alguno de que alguien hubiera estado allí en años. Sin embargo, si un transeúnte curioso —o la policía, con una necesaria dosis de suerte para dar con este lugar— se aventurara a entrar, encontraría abundantes señales de lo contrario, señales que lo conducirían a los misterios subyacentes.

En el húmedo aire rondaba la muerte, aun aquí arriba. Las paredes eran como mortajas, que envolvían de oscuridad absoluta a todo el lugar. Este habría sido un ambiente ideal para una fechoría perfecta.

Barsidious White ya anticipaba lo que se venía.

1

17:17 PM

—¡Jack, vas a matarnos!

La mente de Jack se deshizo de una fantasía y volvió a la solitaria carretera de Alabama, al volante del Mustang azul. El velocímetro sobrepasaba ciento treinta. Despejó la mente y relajó el pie derecho.

—Lo siento.

Stephanie regresó a su canto, con voz clara aunque triste, y con su entonación de música *country* clásica.

—*Mi corazón guarda todos los secretos, mi corazón no dice mentiras...*

Otra vez. Ella lo compuso; por tanto, él nunca lo criticó... pero esas letras horribles, en especial hoy...

—¡Jack!

El velocímetro avanzaba lentamente hacia ciento treinta.

—Lo siento.

Obligó al pie a relajarse.

—¿Qué pasa contigo?

—¿Qué pasa?, *cálmate, Jack. No eches leña al fuego.*

Un poco tenso, eso es todo.

Ella le sonrió.

—Deberías tratar de cantar.

Jack apretó con fuerza el volante.

—Sí, esa es tu respuesta para todo, ¿verdad?

—¿Qué dices?

Suspiró. No debía morder el anzuelo.

—Lo siento.

Siempre disculpándose. Jack miró en dirección a ella y sonrió forzosamente, esperando que le creyera.

Stephanie le devolvió la sonrisa de tal forma que indicaba que no le había creído.

La mujer era bellísima, tanto como para cautivar al próximo que se presentase como lo había cautivado a él — rubia, juvenil, un verdadero honor para esos *jeans*—, todo lo que los tipos de las barras de los bares podrían querer en una cantante de música *country*. Sin duda esos ojos azules aún podían centellear, pero no solo para él. Ahora mismo se estaban ocultando detrás de unas gafas de buen gusto y ella estiraba el cuello para mirar hacia atrás.

—Creo que hay un poli detrás de nosotros.

Jack revisó el espejo retrovisor. La carretera, que ahora era de dos carriles, dibujaba perezosamente sus curvas por bosques de final de primavera y por tierras de labranza, subía por colinas y bajaba por hondonadas, ocultándose y apareciendo de nuevo, escondiendo y dejando ver un auto solitario. Este acortaba la distancia y ahora estaba tan cerca como para que Jack reconociera la barra de luces encima del techo. Revisó su velocidad. Cien kilómetros.

Debería ser lo reglamentario.

La patrulla seguía acercándose.

—Es mejor que vayas más despacio.

—Estoy dentro del límite de velocidad.

—¿Seguro?

—Sé leer las señales, Steph.

A los pocos segundos el vehículo ocupaba todo el retrovisor de Jack como si lo estuviera remolcando. Pudo ver el duro semblante del poli detrás del volante, con reflectantes anteojos de sol que le oscurecían los ojos.

Patrulla de carreteras.

Jack volvió a revisar el velocímetro, luego bajó la velocidad a noventa y cinco, esperando que el policía no los golpeará por detrás.

El sedán se acercaba cada vez más.

¡Estaba a punto de golpearlos!

Jack presionó el acelerador hasta el fondo y el Mustang salió disparado como un bólido.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Stephanie.

—¡Iba a golpearlos!

El auto se rezagó diez metros. Se prendieron sus luces rojas y azules.

—¡Qué bien! —masculló ella, girando y recostándose en el asiento.

Jack pudo captar en su voz que lo culpaba. Siempre echándole la culpa.

—*Pero fuiste tú quien se alejó, Steph.*

La patrulla giró hacia el carril de la dirección contraria y se puso a la par de ellos. El policía uniformado volvió el rostro para mirar a Jack. Sus miradas se encontraron. O así lo imaginó Jack. Gafas negras.

Sin expresión. Jack volvió a enfocar la mirada en la carretera.

Los dos autos estaban uno al lado del otro, en cerrada formación a noventa y cinco kilómetros por hora.

—¿Qué estás haciendo, Jack? Detente.

Lo haría si pudiera. Jack buscó una oportunidad. El bosque, una espesa maraña de arces, robles y abedules, lo invadía como un muro que avanzaba.

—No puedo. No hay arcén. Simplemente no puedo...

Disminuyó la velocidad. Debía de haber una salida en alguna parte. Sesenta y cinco kilómetros por hora. Cincuenta. La patrulla igualaba su velocidad.

Jack vio un claro en el follaje, una franja de arcén, apenas el espacio suficiente. Empezó a girar.

La patrulla se les adelantó y los dejó atrás, con las luces encendidas en silencio. Quince segundos después era un puntito en la carretera entre los altísimos árboles, y luego desapareció.

—¿A qué vino todo eso? —preguntó Jack, revisó los retrovisores, fisgoneó y volvió tranquilamente a la carretera.

Restregó la mano sudada en los pantalones.

—Venías a exceso de velocidad.

Stephanie fijó la mirada en la carretera, trató torpemente de agarrar un mapa y evitó mirar a Jack a los ojos.

—No nos detuvo. ¿Por qué se acercó tanto? ¿Viste lo cerca que estaba?

—Así es Alabama, Jack. No haces las cosas como ellos, te lo hicieron saber.

—Pues sí, pero no embistes a alguien por detrás solo porque va muy rápido.

Ella se dio una palmada en el regazo para liberarse de su frustración.

—Jack, ¿harás que lleguemos allí por favor, como es debido, sanos y salvos? ¿Por favor?

Él decidió callar en respuesta y concentrarse en la carretera.

Guárdalo para la sesión de consejería, Jack. Se preguntó qué habría estado reservando ella, qué nuevos reclamos descargaría esta noche.

Ella se encogió de hombros, fingió sonreír y empezó a cantar.

De verdad crees que funcionará, ¿no, Jack? ¿Crees de veras que puedes conservar algo que simplemente ya no tienes?

Si sonreír y cantar pudiera devolver esos días, él reiría como un tonto y hasta cantaría las composiciones de Steph, pero ya no se hacía ilusiones. Lo único que le quedaba eran los recuerdos que almacenaba en la mente, aun mientras enfocaba los ojos en la carretera: los brazos de ella sobre los hombros de él y la emoción en los ojos femeninos; la iluminación interior que sentía siempre que ella entraba al cuarto; los secretos que compartían con una mirada, una sonrisa, un guiño; todo lo que según él debían ser el amor y la vida.

El accidente cambió todo.

Jack se imaginaba sentado en la oficina del abogado, tratando con sinceridad sus sentimientos. *Me siento... como he estado toda la vida. La existencia no tiene sentido. Si hay un Dios, él es el diablo, y... ¿Qué fue eso? Ah, ¿se refiere a Stephanie? No, también la he perdido. Se fue. Quiero decir, está aquí, pero se marchó.*

No se podía quitar de encima la idea de que todo este viaje solo era un requisito, otro camino a su derrota. Steph cantaría de ida y vuelta a Montgomery, y aún conseguiría el divorcio que deseaba, para continuar su alegre camino.

—Jack, estás perdido.

Seguro que lo estoy.

—Jack.

Sobresaltado, Jack volvió a concentrarse en su manejo. El Mustang ronroneaba a más de cien, tragándose la carretera. Ya se había acabado el bosque, dando paso a granjas rudimentarias y pastizales llenos de troncos.

Stephanie observaba el mapa y analizaba todas esas pequeñas líneas rojas y negras. ¿Dijo ella que él estaba perdido? Correcto.

Ella tenía el mapa, pero él estaba perdido.

Jack captó el sarcasmo antes de que se desvaneciera. Las palabras hirientes llegaban con mucha facilidad en esos días.

—¿Qué quieres decir?

—¿No viste esa señal vial? Decía cinco.

Jack miró el espejo, luego giró para ver el respaldo de la señal que se alejaba.

—¿Cinco?

Stephanie estudió el mapa, trazando una ruta con el dedo.

—Se supone que estamos en la carretera ochenta y dos.

Jack se inclinó y trató de leer el mapa. El auto viró bruscamente.

Él volvió a enfocar los ojos al frente, corrigiendo el volante.

—Vamos a llegar tarde —manifestó ella.

No necesariamente.

—¿Viste allí un cinco? ¿Adónde conduce?

Ella arrastró el dedo sobre el mapa y lo detuvo a cierta distancia de Montgomery.

—No a Montgomery, a menos que tengas una semana para andar de turista. ¿Cómo es posible que te salieras de la ochenta y dos?

¿Se atrevería a defenderse?

—Me distrajo un poco un poli que me estaba mordiendo el parachoques.

Ella sacó su celular del estuche y se fijó en la hora.

—No hay manera de que lleguemos a tiempo.

¿Había esperanza en su voz? Jack revisó su reloj. Si dieran la vuelta ahora, quizás...

—Cancelé una actuación para estar contigo en esta cita. Stephanie se encorvó en el asiento y cruzó los brazos.

Ahí va de nuevo. Culpa mía.

Ella comenzó a murmurar.

Otra vez.

Luces rojas y azules destellaban adelante.

—Ah, ¡lo que nos faltaba! —dijo Stephanie—. *De veras que no necesitamos esto.*

Jack disminuyó la velocidad a medida que se acercaban a la patrulla estacionada exactamente después de una salida. Conos anaranjados y un letrero bloqueaban el camino más adelante.

—Operación de repavimentación. Carretera cerrada al tráfico —leyó Jack—. Bueno, de todos modos tendremos que regresar.

Jack se metió en el arcén de grava, pero cambió de idea.

—Preguntemos. Quizás haya un camino más rápido.

Jack dirigió el Mustang azul hacia adelante, llegó a la salida y se detuvo pocos metros detrás de la patrulla. La

puerta del auto policial se abrió y un policía —el policía—
salió, las gafas de aviador aún le ocultaban los ojos.

2

El policía balanceó la cabeza sobre los hombros para hacer crujir el cuello y luego mantuvo el rostro en dirección a ellos mientras se ponía un sombrero matizado de alas anchas. Usaba una camisa gris de mangas cortas y pantalones con una franja negra que le bajaba por las piernas. Una insignia en el pecho que destellaba con el sol de muy entrada la tarde. La enorme pistolera de cuero le colgaba de la cadera derecha, y la cachiporra de la izquierda.

El hombre se tocó el sombrero como si fuera un hábito, y caminó hacia ellos, seguro de sí mismo. Gallito. Los pantalones parecían algo apretados.

—Buenas noches —dijo Stephanie.

Jack bajó la ventanilla. Una brisa cálida entró en el Mustang, seguida por el canto de los grillos. Las botas negras de cuero del agente se movían en silencio sobre el pavimento.

El policía se detuvo ante la ventanilla, con la mano sobre la culata del revólver. Se inclinó y les dio una visión cercana de sus gafas oscuras. En la insignia se leía: Morton Lawdale.

—¿Le importaría mostrarme su licencia y la matrícula del vehículo?

—Nosotros...

—Licencia y matrícula. Ahora.

Jack se inclinó sobre la guantera, sacó los documentos y se los pasó a través de la ventanilla.

El poli los agarró con una mano enguantada y estirada, revisándolos detenidamente.

—¿Le importaría bajarse del auto?

Jack no estaba seguro de cómo actuar ante la solicitud.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque quiero mostrarle algo, ¿le parece bien?

—¿Hice algo malo?

—¿Son así de tontos todos los tipos de Alabama? Un policía le dice que detenga su vehículo, usted discute como si fuera el rey de la región. Tengo que mostrarle algo. Saque su trasero del auto.

Jack intercambió una mirada con Stephanie, abrió la puerta y sacó las piernas.

—Vamos, ¿a que no ha sido tan difícil?

—Tomamos un camino equivocado —dijo Jack, mirando hacia arriba. Era al menos una cabeza más bajo que el policía—. Nos dirigíamos a Montgomery por la ochenta y dos.

Lawdale sacó la cachiporra y señaló a Jack la parte de atrás.

—Vamos allá.

A Jack le corrió un frío por la espalda. ¿Cómo había ido a terminar aquí, en medio de ninguna parte con este personaje, uno de esos que a la menor provocación dispara, liquida y después pregunta?

Jack vaciló.

—¿Me va a hacer repetirlo todo otra vez? —preguntó el policía mientras se golpeaba la palma de la mano con la porra.

—No —respondió Jack y se dirigió hacia el maletero.

Jack se detuvo ante el guardabarros, frente al oficial que, de pie con los pies extendidos, lo miraba directamente. Hasta donde Jack podía decir.

Lawdale hizo oscilar hacia abajo su cachiporra negra para indicar la luz del freno izquierdo.

—¿Sabía usted que tiene apagada su luz de freno?